# FL 03 30

Segundo curso de Lengua y Literatura Griegas. Tema quinto. Preparado y grabado por el equipo docente de la asignatura, formado por don José María Lucas de Dios, Pedro Bádenas de la Peña, Concepción Morales Otal, bajo la dirección de don Francisco Rodríguez Adrádez.

Tema quinto. Ejercicios prácticos sobre el tema cinco. En nuestra misión de hoy trataremos en primer lugar de dar al alumno algunas indicaciones prácticas de la acentuación, ampliando así, en alguna medida, las explicaciones básicas contenidas en el punto B del tema quinto.

Seguirán después unas instrucciones, también prácticas, sobre los sufijos y formación de palabras griegas, según venimos haciendo en emisiones anteriores. Por último, completaremos hoy la selección de pasajes de eródoto a fin de completar el apartado C de las unidades didácticas. La acentuación de los sustantivos en el nominativo singular nos la da siempre el diccionario.

La disposición del acento en el resto de los casos estará siempre en función del nominativo singular y de las normas generales que se han indicado en el apartado B del tema quinto. Estos dos aspectos hay que tenerlos siempre en cuenta y serán válidos tanto para los sustantivos como para los tres géneros de los adjetivos y participios. El lugar del acento en la declinación responde a una regla muy general.

Conserva el mismo lugar que ocupa en el nominativo singular, siempre que lo permita la ley de la limitación. Es decir, el acento no puede ir más allá de la antepenúltima sílaba y si la última sílaba es larga, el acento sólo puede ir en una de las dos últimas sílabas. Por ejemplo, la palabra lobos.

Logos se acentúa en todos sus casos, tanto en plural como en singular, en el mismo lugar que el nominativo singular. Así diremos Pero una palabra como ánthropos sólo puede ser acentuada en la antepenúltima mientras la última vocal sea breve. Por ejemplo, el nominativo singular es donde el acento ha tenido que pasar a la penúltima sílaba debido a que las formas u de genitivo singular, o de dativo singular, us de acusativo plural, son largas, o sea, dictongo ou, omega en el caso de dativo singular, etc.

Fijémonos en un caso como la palabra onoma, nominativo singular frente a onómatos, genitivo. El cambio de acentuación se debe a que en onómatos, genitivo singular, tenemos una sílaba más. En griego no se puede decir onomatos pues va contra el esquema prosódico de la lengua al sobrepasar la antepenúltima.

Lo mismo cabe decir de en dativo onomati. Sin embargo, apréciese cómo se acentúa el genitivo plural onomaton. Aquí la palabra se hace paroxítona, esto es, con acento agudo en la penúltima porque la última sílaba es larga.

El genitivo plural lleva omega y la ley de limitación impide que en este caso el acento vaya más

allá de la penúltima. En el caso de los verbos, la acentuación de todas las formas personales sigue una regla muy sencilla. El acento retrocede todo lo que pueda permitir la ley de la penúltima.

Así, por ejemplo, decimos liomen frente a liómeza. Veamos, en liomen, primera persona del plural del presente indicativo en voz activa, las dos últimas sílabas son breves ó, omicron, men, con épsilon. Por tanto, el acento va en la antepenúltima, en la tercera, empezando por el final, liomen.

Mientras que, por el contrario, en liómeza, que es la primera persona del plural del presente indicativo, pero ahora ya en voz media, tampoco tenemos problema con la ley de la limitación. Pero, eso sí, el acento no puede ir ya en la raíz, en lü. Esto es, no podemos decir liómeza porque, en este caso, estaríamos sobrepasando los límites de las tres últimas sílabas.

Cuando estamos ante un verbo compuesto, las formas personales se acentúan todo lo más atrás que permite esta ley de la limitación. Así, por ejemplo, el simple legomen frente al compuesto suilegomen. Sin embargo, las formas disilábicas se acentúan, en caso de compuestos, en la antepenúltima.

Así, tendremos que, del verbo oida, el compuesto es sinoida, o la primera persona del plural de este mismo verbo, ismen, que en compuestos, por ejemplo, diremos sinismen. Pasemos a ver ahora la acentuación de las formas nominales del verbo, infinitivos y participios. En lo que se refiere a los infinitivos de presentes y futuros, debemos tener en cuenta si el verbo es contracto o no.

Por ejemplo, los infinitivos de presentes y futuros de verbos no contractos son paroxítonos. Así, En cambio, si se trata de verbos contractos, los infinitivos de presentes son perispómenos, o sea, acentuados en la última sílaba con circunflejo. Así diremos Los infinitivos de los aoristos temáticos, llamados por otras gramáticas aoristos segundos, son también perispómenos, es decir, llevan el circunflejo en la última sílaba, en la final.

Por ejemplo, frente al infinitivo de presente correspondiente de este mismo verbo, que es En los infinitivos de aoristos activos en hay, el acento recae en la penúltima vocal. Por ejemplo, Ahora bien, tenemos que tener en cuenta que si esta penúltima sílaba tiene vocal larga, el acento será circunflejo, puesto que esa desinencia sabemos que con respecto al acento funciona como breve, igual que el o y el hay de las desinencias de los nominativos plurales de los temáticos o de los en alfa. La única excepción sabemos que es la desinencia hay del aoristo de optativo y el hoy de esos pequeños restos del locativo de los temáticos.

Ahora bien, cuando la vocal de esa penúltima sílaba en la que recae el acento es breve, entonces no puede llevar el circunflejo, entonces, lógicamente, no puede ser properispómena, entonces llevará el agudo y será, consiguientemente, que los infinitivos en hay sean de presente, de aoristo o de perfecto, por ejemplo, etc. Por lo que se refiere a los infinitivos en el acento recae sobre la antepenúltima siempre que no se trate de contractos, así diremos etc.

Los contractos serán siempre properispómenos, es decir, acentuados con circunflejo en la penúltima sílaba, por ejemplo, etc.

Los infinitivos en con aoristo temático se acentúan en la penúltima sílaba, así diremos etc. En cuanto a los participios también se distinguirá entre contractos y no contractos. Los verbos no contractos son paroxítonos, así decimos etc.

Los de los contractos son perispómenos, acentuados con circunflejo en la última, etc. Los participios en menos son proparoxítonos, liómenos, licesómenos, etc., salvo en el perfecto en el que siempre son paroxítonos, así decimos etc. En la sección que a lo largo de estos últimos días hemos dedicado al vocabulario griego terminaremos hoy de comentar lo relativo a la formación de nombres.

Veamos en primer lugar palabras derivadas del sufijo to. El sufijo to se emplea añadiendose a raíces disilábicas, por ejemplo, zanatos, muerte. Los nombres femeninos presentan este sufijo te en lugar de to.

Suelen desempeñar la función de nombres de acción y normalmente llevan el acento en el sufijo. Así, para terminar, el valor de este sufijo tos, te para femenino, en adjetivos parece expresar una cualidad, un estado, así vistós, fiel, jnostós, conocido. Una particularidad de los adjetivos acabados en tos es que aparte de su valor pasivo es frecuente también que se empleen con valor activo, así ajnostós, que puede significar ignorado o ignorante.

O posible como capaz. Naturalmente, las relaciones contextuales o sintagmáticas determinarán en cada caso el verdadero valor. En griego existe un amplio sistema de nombres formados mediante el sufijo tas con a larga.

Por tanto, en jónico ático tendremos tes. El sufijo tes irá precedido de diferentes timbres vocálicos que acaban formando parte del mismo sufijo. Y tes, que tiene buen rendimiento funcional en griego.

Por ejemplo, palabras como polites, ciudadano, hoplites, hoplita, etc. Frecuente es también el sufijo con o, es decir, quedando ya la forma definitiva otes, con omicron. Así tenemos palabras muy conocidas en griego.

Este sufijo tes, muy extendido en griego, ha formado campos semánticos bien definidos. Se especializa en determinados lenguajes técnicos, por ejemplo en el de la política. Así tendremos polites, ciudadano, demotes, habitante del demos.

Este sufijo tes sirve también para designar habitantes de ciudad. Por ejemplo, sibarites, espartiates, etc. Los sufijos ter y tor, con eta y omega respectivamente, guardan una estrecha relación entre sí y han formado una larga serie de derivados.

Veamos primero el comportamiento del sufijo ter. Sirve para formar derivados de verbos denominativos, por ejemplo, doter, dispensador, pagador, y dar. Orgester, danzante,

dependiendo del verbo orjumai, danzar, recuérdese el sustantivo orgestra, orquestra, donde danzaba el coro del teatro.

Sin embargo, este sufijo ter alterna con el sufijo tes del que ya hemos hablado en otras emisiones del sufijo orador. Practor, el que hace, el que obra, agente de una acción determinada, deriva de la raíz de prato, hacer, obrar, y está relacionado claramente con pragma, asunto, cosa. Por último, dentro de esta rápida visión sobre la formación de los nombres griegos, vamos a estudiar los derivados constituidos por el sufijo cos.

El titulario filosófico está plagado de estos términos acabados en icos. Pensemos en palabras como oikonomikos, económico, estrategikos, propio, relativo al estrategos, de ahí estratégico, hipikos, concerniente a los caballos, logikos, referente al logos, politikos, referente a la polis, político, etc. La gran difusión de palabras formadas con este sufijo depende de la utilización para ello en la cantidad de derivados en ico que tenemos en nuestra lengua y que continuamente estamos ampliando, tomando como modelo precisamente la formación de estos derivados griegos.

A partir del siglo V a.C., el sufijo iakos fue sustituyendo progresivamente la terminación ios de muchos sustantivos. Por ejemplo, aigiptios, egipcio, se dice aigiptiakos, de peloponesios, peloponesiakos. A partir de aquí, el uso de los derivados es continuo.

Por ejemplo, cardiakos, cardíaco, tomado de cardía, corazón. Dionisiakos, dionisiaco, en relación con dionisos, etc. Vamos a tratar hoy en nuestra selección de textos de la interpretación del mito tradicional en manos de Heródoto, con lo que concluiremos también la pequeña antología que sobre Heródoto les hemos ido ofreciendo en estas cinco emisiones para estudiar en la próxima A diferencia de lo que ocurrirá en historiadores posteriores, como Tucídides, en Heródoto tropezamos continuamente con el elemento mítico.

Ante él, nuestro autor adopta diferentes actitudes. De un lado, no es un escéptico, ni tampoco busca una racionalización completa. Esto, por otra parte, no quiere decir que acepte sin más la tradición y, en cierta medida, la somete a crítica.

En los fragmentos que vamos a leer podremos distinguir tres maneras de actuar ante la religiosidad mítica con que se encuentra. Primero, veremos la postura más racional. El mito carece de toda base y, además, es inconsecuente.

Es el caso del mito de Heracles en Egipto, que trata a Heródoto de la siguiente manera en su segundo libro. Cuentan los griegos muchas y diversas historias sin reflexionar. En primer lugar, el mito de Heráclito El mito de Heráclito es el mismo de Heráclito.

El mito de Heráclito es el mismo de Heráclito. El mito de Heráclito es el mismo de Heráclito. El mito de Heráclito es el mismo de Heráclito.

El mito de Heráclito es el mismo de Heráclito. Siendo Herácles uno solo y por entonces todavía un mortal, según dicen, ¿cómo va a ser natural que diera muerte a muchas decenas de miles? A

pesar de la interpretación, Heródoto se muestra prudente y dice con ingenuidad y, como de esto ya hemos hablado mucho, que encuentre la benevolencia de los dioses y los héroes. Una segunda posición relativamente ambigua de aceptar una explicación natural de algún fenómeno mágica de la superstición la encontramos en el pasaje que ya hemos leído aquí en el apoyo del tema segundo sobre la subida al trono de Darío donde como recordará el alumno Heródoto explicaba el significativo relincho del caballo por medio de la ingeniosa treta de la yegua pero sin embargo no es casual que aluda también a la extraordinaria aparición de un rayo en un cielo sin nubes que bien pudo asustar al caballo.

El aceptar por un lado la interpretación racional pero dejar abierta también la posibilidad a una intervención divina se ve muy claramente en el fragmento que habla del terremoto que provocó el desagüe de un lago dejando a cielo abierto la depresión de Tesalia así en este sentido dice Heródoto. Hay una historia de que antaño Tesalia era una laguna de suerte que estaba rodeada totalmente por enormes montañas desde antiguo se cuenta que no existiendo aún tal carganta y el desagüe de estos ríos junto con los otros iba a dar a la laguna bebeida y al afluir hacían de toda la Tesalia un mar ahora cuentan los tesalios que Posidón hizo el cañón por el que corre el peneo lo cual es razonable pues quien crea que Posidón sacude la tierra y que son obra suya las quebraduras de un terremoto al ver aquello bien podría decir que lo hizo Posidón porque a mí me parece ser la grieta obra de un terremoto por último Heródoto en ocasiones se limita a referir sin más lo que oye sin aportar la menor crítica de una interpretación del mito así ocurre por ejemplo en la amena leyenda de la niña fea de Esparta embellecida milagrosamente por el espíritu divinizado de Helena nos cuenta Heródoto a este respecto tenía Aristón un amigo espartano con el que tenía más relación que con otros con ciudadanos este estaba casado con la mujer más bella de Esparta que se había convertido en la más guapa habiendo sido la más fea cuando era niña su nodriza al ver que era tan horrible de aspecto y tan feísima la hija de unos padres tan ricos y además de notar lo que sufrían sus padres al ver su cara resolvió lo siguiente llevó la niña todos los días al templo de Helena que está en el lugar llamado de Terampe más arriba del templo de febo de manera que se irritaba contra la estatua allí erigida a la vez que suplicaba a la diosa que cambiara la fealdad de la niña y cuentan que un día al volver del templo se le apareció al ama una mujer que le preguntó qué era lo que llevaba en los brazos ella respondió que llevaba una criatura la mujer le pidió que aceptara enseñársela pero la criada dijo que no porque sus padres le habían prohibido que la mostrara la parecida insistió y viendo el ama que la mujer estaba dispuesta a contemplarla entonces enseñó a la niña cuando admiró su cara dijo que sería la más bella de las mujeres de esparta a partir de ese día fue cambiando la niña su figura y cuando llegó la edad la tomó como esposa a gueto hijo de alcides el amigo de aristón